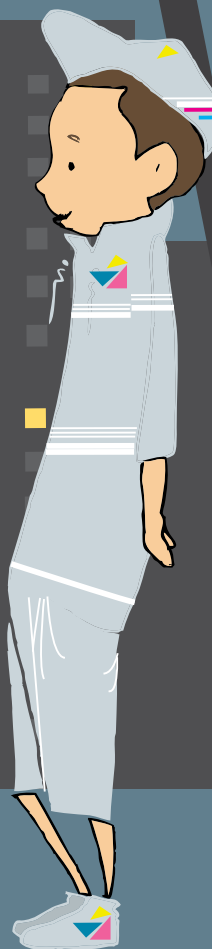
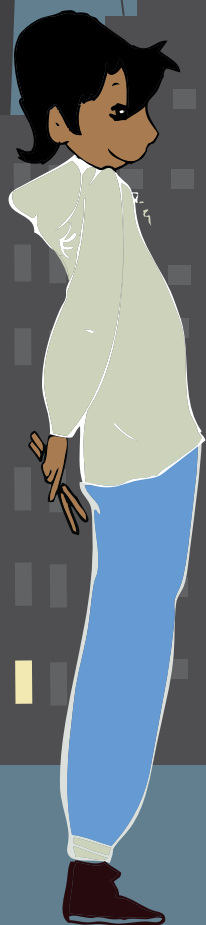


LUNA SE VA



Luna se va

Rodrigo abrió la puerta suavemente. Luna ya estaba dentro, sentada en la misma silla de siempre.

—Hola.

—Hola.

—¿No te habrá visto nadie? —preguntó Luna.

—No. ¿Y la guitarra? —preguntó Rodrigo.

—¿La guitarra? Se supone que no veníamos a ensayar, sino al cole... ¿para qué iba a traer la guitarra?

—Luna estás en todo, a mí se me hubiera escapado, como veníamos al local de ensayo —contestó Rodrigo.

—Yo no puedo permitirme que se me escapen los detalles, Rodrigo. Sí o sí tengo que “estar en todo” —contestó Luna de mala manera.

La puerta se abrió de repente, era Keta que llegaba delante de su mochila.

—Hola, ¿no habrán desayunado? He traído de todo —dijo Keta y se quitó la mochila como pudo.

—No —dijo Rodrigo.

Luna se quedó callada.

—¿Y tú? —Keta miró a Luna.

—¿Yo qué?

—Que cómo has hecho para no desayunar... —preguntó Keta con cara de estar diciendo una obviedad.

—Como siempre...

—¿Cómo que como siempre? ¿No desayunas, tú?

Luna se quedó callada. Rodrigo no salía de su asombro al verla tan tiquismiquis.

—Sí, claro que desayuno, pero hoy estaba enfadada con mi madre y entonces, no me ha insistido.

Keta llevaba bollos y galletas para toda la semana. Rodrigo sacó de su mochila un bote de zumo de naranjas y Luna una bolsa de caramelos.

—No tenemos vasos para el zumo —dijo Luna a Rodrigo.

Pero Rodrigo no contestó, parecía que esa mañana tan rara todo estaba fuera de lugar. Porque ni Rodrigo, ni Luna, ni Keta, ni Karim, que aún no había llegado, nunca se habían escapado del colegio y nunca se habían embarcado en una mentira tan organizada. Pero esta vez, necesitaban pasar ese rato así. No podían concentrarse en nada más. Necesitaban pensar qué pasaría con ellos ahora que Luna se volvía a Medellín. Llevaban muchos años siendo una pandilla unida y simpática. Y, cuando estaban los cuatro, se reían y se divertían mucho.

También pasaron juntos todo el cole, sus profes y sus veranos. De primero a sexto.

Y además, habían formado una banda de música pop que se llamaba Madre Sveva.



La noticia solo llevaba dos días entre el grupete y apenas unos más en la vida de Luna. Fue repentino, como una desgracia. Pero no era una desgracia, sino más bien una triste realidad. Cosas que pasan en el mundo de los adultos y que se aceptan y se hacen, aunque no se sepa muy bien por qué.

Eso pensaba Luna. De lo que ocurría y de su vida en general. Ella ya había hecho un cambio de país. Ya se había acostumbrado a su nueva vida en esta ciudad y estaba pasando un momento grandioso con la pandilla de los Madre Sveva. ¡Lo tenía todo! Amigas y amigos, a su madre, llevaba bien el curso y ¡hasta su grupo musical!

Pero parecía que no. Cuando estaba más contenta que nunca, le tocaba otra vez lo mismo, pero al revés. Claro que antes sólo se despidió de su abuela y de su hermanita, que apenas andaba. Ahora se tenía que despedir de sus colegas, el cole, sus cosas, sus gustos... Y también de su madre.

Su abuela, que estaba en Medellín con su hermana, se había quebrado una pierna y ella tenía que ir a cuidar a la pequeña.

Mara, la madre de Luna, llevaba días sin dormir, pensando, repensando, hablando largas horas por teléfono con su familia de Colombia para encontrar una alternativa. Pero alguna de las dos tenía que irse y Mara no podía. Tanto la abuela, Luna, y la pequeñita dependían de su trabajo con la Sra. Peterson... Ella era el sostén de la familia. Y Luna se estaba haciendo mayor...



Karim no tardó en llegar. Apenas entró, cerró la puerta y miró por entre los cristales pintados hacia la calle.

—Me ha visto la de *Plástica* —dijo agitado.

—Hoy no tenemos *Plástica* —replicó rápidamente Keta.

—Uf, ¡menos mal! —dijo Luna desde su silla.

—¿Y no te ha visto nadie más? —preguntó Rodrigo.

—Pues si ha dicho que lo ha visto la profesora de plástica, es que no lo ha visto nadie más —respondió Luna con rudeza.

Rodrigo se puso más serio aún y bajó la cabeza desde su taburete de baterista. Luna no dejaba de meterse con él. Keta, que estaba repasando su teclado con un pañuelo de papel, levantó la vista y dijo:

—Igualmente, nadie debería saber que estamos aquí.

—¿Y cómo vamos a hacer en el concierto?, ¿han pensado algo? —preguntó Karim sentándose junto a la puerta con la espalda apoyada en la pared.

—Yo no me voy a ir... —dijo Luna mordiéndose el labio de abajo con fuerza y moviendo la mandíbula.

Pero, apenas terminó de decir estas palabras, empezó a sonar un móvil.

—¡Un móvil! —dijo Keta.

—¿Y quién tiene móvil? —preguntó Karim.

—¿Y quién va a ser? —se burló Luna—, Rodrigo.

—Es mi madre —dijo Rodrigo mirando el móvil— ¿Qué hago?

—No lo cojas —comentó Karim.

Rodrigo, muy afligido, levantó la vista. Su madre lo estaba llamando en horario de clase. Era algo que no había hecho nunca y que no haría a no ser que...

Además, se suponía que a esas horas el móvil debería estar apagado, ¡y estaba encendido! En menos de un minuto, el móvil dejó de sonar.

—Lo que yo no entiendo, Rodrigo, es porqué no has apagado el móvil —agregó Luna.

—Habérmelo dicho —agregó Rodrigo enfadado.

—¿Siempre tengo que decirte todo, Rodrigo? Lo que hay que hacer, lo que no hay que hacer. Eres un consentido. Y que te quede claro, Rodrigo. Que mi madre cuide a tu abuela no significa que yo cuide de ti.

Se hizo un silencio y se suspendió todo lo demás. Karim miró fijamente a Rodrigo, que completamente contrariado por la respuesta de Luna, se levantó de la batería y se metió en el baño dando un portazo.

—Te has pasado, Luna —le dijo Keta y se fue a buscar a Rodrigo al baño.

Karim se puso las manos en los bolsillos y volvió a mirar por el cristal que daba a la calle. Luna se tapó la cara con las manos. Pero ese silencio que volvía a suspender todo lo que ocurría dentro del local, fue roto.

—¡Keta, ahí viene tu madre! —dijo nervioso y con la voz apagada.

—¿Mi madre?! —dijo Keta susurrando en alto— ¿a estas horas?, imposible, está trabajando.

—Juraría que es tu madre, ahora está cruzando.

—Mira bien, Karim, no puede ser mi madre —agregó Keta.

—Sí que es tu madre, Keta, ¡es tu madre!, y viene para acá.

Karim, agitado y nervioso, se agachó para que no lo vieran.

—Keta, que viene, que viene...

—Si viene no abrimos —dijo Luna.

—Eso —asintió Keta.

Pero la cabeza de la madre Keta se asomaba por encima de las pinturas de los cristales. Y el picaporte se movía de arriba abajo al compás de la melena de Mara que gritaba: —Luna, abra ya la puerta que sé que está allí.

—¡Enriqueta!, ¡Enriqueta!, desde luego Enriqueta... —agregó la señora muy angustiada.

—Vamos, abra la puerta Luna, está la llave puesta por dentro, la estoy viendo, abra la puerta ahora.

—¡Menudo fallo dejar la llave puesta! —comentó Luna acercándose a la entrada.

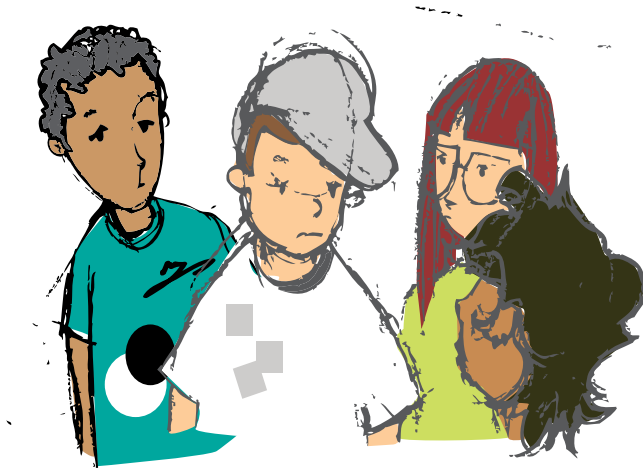


El móvil volvió a sonar. Rodrigo no contestó, abrió la puerta del baño y lo apagó. Karim, Keta y Luna lo miraron fijamente otra vez.

—Lo he apagado —dijo Rodrigo.

—¡No! —se alarmó Karim—, ahora sabrán que no lo quieres coger, siempre podías decir que no lo habías oído...

—Bueno —dijo Rodrigo— mi móvil estuvo sonando, pero vuestras madres están ahí fuera, así que no me miréis así.



—Voy a abrir —dijo Luna y se abrió paso.

Mara y la madre de Keta estaban enfadadísimas. Y también vieron al padre de Karim, que aún no se había quitado el mono de trabajo y no dejaba de farfullar cosas como:

“sin consola. Y sin bicicleta. Sin consola, sin bicicleta ni televisor. ¡Ni libros! ¡Nada! Verás cuando se entere tu madre, verás”.

—Es que necesitábamos hablar, estar aquí, mamá —dijo Keta que siempre era la voz del grupo y encontraba las palabras para romper la tensión.

—Eso, papá —dijo Karim—, Luna se vuelve a Medellín. Estamos muy confundidos.

—No sabemos qué va a pasar con el grupo, no podremos tocar en verano... ¡con todo lo que hemos ensayado! —agregó Keta.

—Sí, eso, no debimos faltar a clase, pero es que hoy no podíamos concentrarnos en nada, papá... —continuó Karim.

El padre de Karim seguía muy serio, pero la expresión se fue ablandando.

—Luna me ha robado las llaves —dijo Mara—. Eso no se lo permito.

—Y tú, ¿no dices nada? —el padre de Rodrigo se paró en la puerta y oscureció el local.

—¡Papá! ¡Has venido!

—¿Qué están haciendo aquí, Rodrigo?, tendríais que estar en clase. Tenéis al barrio revolucionado.

—Estamos reunidos porque no podremos tocar en junio, con el grupo —explicó Rodrigo muy nervioso.

—¿Y por eso han mentido? No me parece muy buena solución —se enfadó el señor.

—Además de que no podamos tocar, se va mi mejor amiga, papá. Yo estoy muy triste —agregó Rodrigo.

Tras la confesión, Rodrigo corrió y se puso al lado de su padre. Su padre ya no pudo regañarle más. Sabía que los sentimientos de su hijo eran sinceros.

Luna no supo qué decir. Estaba contrariada, así que se mantuvo en silencio, con la mirada en el suelo. Rodrigo era su amigo, su mejor amigo, y ella lo había tratado mal. Justamente a él, que desde el primer día le dejó sus juguetes y su bicicleta. Rodrigo, quien la había protegido cuando no sabía muy bien qué hacer o cómo responder...

La madre de Keta, miró a su hija y le dijo:

—Esto no puede volver a ocurrir.

—Desde luego, a estas horas tienen que estar en clase, estudiando —agregó el padre de Rodrigo.

—Eso, eso, ya son casi las 10:30 —dijo el padre de Karim con apuro.

—¿Y quién se ha chivado? —preguntó Karim.

—La de *Plástica* —respondieron al unísono Keta y Rodrigo.

Luna se sonrió, pero los padres y las madres, que ya estaban más tranquilos, no dijeron ni pío.

—¿Y en qué podemos ayudar? —preguntó la madre de Keta.

—Que Luna no se vaya a Medellín —afirmó Keta.

—Creo que con eso no hay mucho que hacer, ¿verdad mamá?

—dijo Luna tímidamente.

—Me temo que no, hijita —contestó Mara.

—No. Vale, pues no se puede hacer nada. Vale. Pero no queremos que Luna se vaya sin tocar con nuestro grupo. Llevamos todo el año ensayando —refunfuñó Karim.

—¿Y no se puede cancelar el viaje? O tal vez, retrasarlo un poco? —preguntó Rodrigo.

—Rodrigo, no te metas —agregó con vergüenza su padre.

—Yo se lo voy a explicar, Rodrigo —dijo Mara y se sentó en una silla—, a ti y al resto.

En la sala se hizo un silencio, pero no suspendía todo lo demás. Esta vez era un silencio que invitaba a escuchar.

Keta, Karim y Rodrigo miraron a Mara con atención. Luna sabía cada una de las palabras que su madre diría pero, aún así, quería oírlas otra vez y compartirlas con su pandilla para no sentirse tan sola.

—Luna y yo hemos venido desde Medellín, hace ya seis años. Yo, a trabajar y trabajar. Tengo dos hijas y una madre que mantener. Luna, a estudiar y a estar conmigo, claro. Pero las cosas se han complicado. Mi madre, que cuida de la hermanita de Luna, se ha quebrado una pierna. Y, como está mayor, la recuperación es larga. Ahora mi niña está al cuidado de vecinas y familiares, pero es pequeña, necesita a su hermana mayor. —¿Pero cómo que Luna va a cuidar de su hermana y de su abuela?, ¡aún somos niñas!, no sabemos hacer todo —quiso saber Keta.

—No te preocupes, Keta, no tendrá que hacerlo todo. Allí hay muchas mujeres para ayudar en la casa. Pero ella tiene que ir allí a estar con su hermana, a acompañar a su hermana. Aún así, deben saber que yo, con once años, ya me hacía la casa al completo... —explicó Mara.

—Eso —dijo el padre de Karim—, yo ayudaba a mi padre en el taller y hasta cobraba un sueldo.

—Papá yo quiero mi sueldo —dijo Karim a su padre.

Y todos se rieron de las farfullas que decía entre dientes. Ya el ambiente estaba más relajado.

—Y ahora tenemos que ir al colegio, ¡cada vez es más tarde! Y aprovecho, y hablo con la directora para ver si es posible adelantar el concierto antes de que se vaya Luna. Esto se tiene que hacer sí o sí —dijo Mara.

—¡Pero esto no puede volver a ocurrir! —agregó con seriedad la madre de Keta—, no pueden faltar al colegio y mucho menos mentirnos.

—Exacto. Está bien que quieran acompañar a su amiga en los momentos difíciles, pero las cosas no se resuelven así —agregó el padre de Rodrigo.

—Karim, sabes bien lo que pienso de no ir a clase, ¿verdad?

—No me acuerdo si crees que está muy bien o muy mal.

El grupo al completo se rió de la ocurrencia de Karim. Esa mañana la pandilla de los Madre Sveva habían aprendido muchas cosas importantes.

Finalmente, el concierto se hizo. Los Madre Sveva triunfaron en el anfiteatro de aquel incipiente verano. Tocaron cuatro canciones, lo que les dio tiempo.

Luna se fue. Llevaba una mochila muy grande y dos maletas con regalos para su familia de Medellín. Seguramente su abuela se repondría muy pronto.



Pautas teóricas para el profesorado

3er ciclo de Educación Primaria

Luna se va

Luna y sus amigos han faltado a clase. Necesitan juntarse y hablar de lo que sucederá a final de curso: Luna vuelve a Medellín para cuidar de su abuela y de su hermana. Entonces, ¿se suspenderá el concierto de su grupo de música?

Cuando les pillan, a pesar de su falta, encuentran una solución para tocar su música, a pesar de todo.

Algunas ideas sobre las que podemos reflexionar tras la lectura del cuento:

- **Todas las personas envejecemos, de hecho, en nuestras sociedades cada vez hay más personas mayores.** Sin embargo, **cuidar es una actividad poco valorada o reconocida**, y pocas personas eligen cuidar a sus mayores en su propia casa, como anteriormente hacían muchas mujeres. Además, cada vez tenemos menos capacidad para hacerlo: los trabajos productivos son difíciles de conciliar, el estado no cubre las necesidades de las personas mayores solas o sin recursos y las ciudades son tan grandes que los miembros de una familia viven alejados unos de otros.
- Solemos pensar que hay una edad para cuidar y otra para ser cuidado, pero lo cierto es que **todas las personas podemos cuidar y necesitar cuidado**, es decir, todas las personas somos interdependientes. Será la cultura y tradición de cada sociedad la que determine el reparto de roles en función del sexo, la edad, la clase social... Al ser una construcción cultural, dicho reparto es modificable, como lo prueba el hecho de que en muchos lugares, y en nuestro entorno hasta hace no mucho, los niños y niñas de pocos años tuvieron que cuidar de sus mayores o sus hermanos pequeños... algo impensable hoy en nuestro contexto.
- Mujeres extranjeras, y algunos hombres, cuidan de muchas de nuestras personas mayores. La mayoría de ellas han dejado a su familia en su país de origen para venir a trabajar, quedando las personas que de ellas dependen al cuidado de otras mujeres. Estas **cadena globales de cuidado** permanecen fuertes a pesar de la distancia, ya que las madres siguen ocupándose de sus hijos e hijas, no sólo a través de las remesas de dinero que periódicamente envían a sus casas, sino también manteniendo la relación de autoridad y apoyo personal por teléfono o Internet. Son lo que se conoce como familias transnacionales.



Propuestas para reguir reflexionando sobre estos temas

• Interdependencia

Comenzaremos por proponer a la clase que, de manera colectiva o en pequeños grupos, escriban las historias de vida de un hombre y una mujer, desde que nacen hasta que mueren, pasando por la infancia, la adolescencia, la juventud, la edad adulta, la primera vejez y la ancianidad. Les pediremos que representen las vidas de ambas personas en una línea temporal que podemos dibujar en papel continuo.

A continuación, les pediremos que identifiquen y escriban, a un lado de la línea, los cuidados que necesita una persona en esa etapa y, al otro, los que puede prestar. Para realizar este trabajo, les invitaremos a que investiguen y pregunten a personas de su familia.

Cuando hayan terminado el trabajo, reflexionaremos conjuntamente: ¿En qué momentos de la vida necesitamos más cuidados? ¿Somos por completo independientes en algún momento? ¿En qué momentos de la vida cuidamos más de otras personas? ¿Necesitan hombres y mujeres los mismos cuidados a lo largo de toda su vida? ¿Prestan hombres y mujeres los mismos cuidados a lo largo de toda su vida? ¿Qué te parece este reparto de roles? ¿A quién podríamos cuidar más y mejor en este momento de nuestra vida?

• ¿Dicen que la distancia es el olvido?

Propondremos a la clase que, de manera individual, piense en alguna ocasión en la que hayan pasado varios días lejos de las personas con las que convive habitualmente. Plantearemos la siguiente reflexión para intentar entender las vivencias de las personas que migran: ¿Cuánto tiempo fue y con qué motivo? ¿Fue forzado o elegido? ¿Cómo nos sentimos: más o menos seguros, más o menos tristes, más o menos libres..? ¿Echamos de menos a alguien? ¿Extrañamos de manera diferente a quienes nos cuidan y a quienes cuidamos? ¿Pudimos tener contacto por correo o por teléfono? ¿Cómo les hicimos llegar nuestro cariño o cuidado? ¿Nos olvidamos de ellos o la distancia acrecentó nuestro sentimiento?